



INTRODUCCIÓN A LA CUARTA ETAPA EL CONOCIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Con este video damos inicio a la última etapa de consagración a María Santísima. Es la cuarta parte y la que nos lleva directamente a la Consagración misma. Es de algún modo, también, el fin de esta consagración, porque nos concentramos en la amabilísima figura de Nuestro Señor Jesucristo. Si nos consagramos a la Virgen es para mejor consagrarnos a Jesús, si queremos conocer cada vez más a Nuestra Madre celestial, es para mejor conocer a Jesucristo. Y justamente hoy damos inicio a este momento, al momento de mirar a Nuestro Señor con los ojos de María Santísima, porque sólo a través de los ojos de su madre, le miramos debidamente. Así lo decía san Pablo VI: «*El conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre la Virgen María será siempre la llave exacta de la comprensión del misterio de Cristo*»¹... Y también viceversa —podemos agregar nosotros—, porque, como dice san Euquerio (ya lo mencionó esto el p. Andrés), si quieres conocer a la Madre, pues entonces mira al Hijo... «*¿quieres saber cuál es la excelencia, el mérito, la sublime dignidad de la Madre? Concibe, si puedes, el mérito y la excelencia del Hijo*». Ambos están tan íntimamente unidos entre sí, que cuando se conoce a uno se lo conoce al otro.

Esta realidad es muy gráfica y palpable en el santuario mariano de Kalwaria, al sur de Polonia, que es una reconstrucción y representación de los lugares santos de Jerusalén, en especial de la vía dolorosa y de la vía de la Madre Santísima. Son estos dos senderos que abarcan casi 40 kilómetros y que se entrelazan mutuamente. A este santuario san Juan Pablo II solía venir desde niño con sus padres en peregrinación, y luego como papa no perdió oportunidades para regresar y visitar a la Virgen. Para san Juan Pablo II este santuario tiene una atracción muy singular, pues revela —cómo él mismo lo expresó— el «misterio de unión de la Madre con el Hijo y del Hijo con la Madre»².

De algún modo, en esta cuarta etapa estamos llamados a meditar y contemplar este *misterio de unión* entre la Virgen y Jesucristo y viceversa, porque el misterio de uno se ilumina con el del otro.

Cuando san Luis explicó esta última etapa para la consagración a María, escribió:

«Dedicarán la tercera semana a conocer a Jesucristo. Para ello podrán rezar la oración de San Agustín que se lee hacia el comienzo de la segunda parte (n. 67) — y también proponemos rezar las letanías del Santísimo Nombre de Jesús—. Podrán repetir una y mil veces cada día con el mismo santo: “¡Que yo te conozca, Señor!”, o bien: “¡Señor, sepa yo quién eres tú!”» (VD, 230).

¹ PABLO VI, nov. 21, 1964.

² JUAN PABLO II, *Discurso*, jueves 7 de junio de 1979.



Oración de san Agustín

Tú eres Cristo, padre mío santo, Dios mío piadoso, rey mío grande, pastor mío bueno, maestro mío único, auxiliador mío óptimo, amado mío hermosísimo, vivo pan mío, sacerdote mío eterno, guía mío hacia la patria, luz mía verdadera, dulzura mía santa, vía mía recta, sabiduría mía preclara, simplicidad mía pura, concordia mía pacífica, custodia mía toda, porción mía buena, salvación mía sempiterna. . .

¡Oh Cristo Jesús!, amable Señor, ¿por qué amé y deseé algo en toda mi vida fuera de ti, Jesús mío? ¿Dónde estaba yo cuando con la mente no estaba contigo? Ya desde ahora, deseos todos míos, inflamaos y desbordaos en el Señor Jesús; corred cuanto hasta ahora tardasteis; daos prisa a donde vais, buscad a quien buscáis. Jesús, sea anatematizado quien no te ama; quien no te ama se llene de amarguras... ¡Oh dulce Jesús!, que yo te ame, en ti se deleite, en ti se admire todo buen corazón preparado para vuestra gloria. Dios de mi corazón y porción mía, Cristo Jesús, desfallezca en lo más íntimo mi corazón y seas tú quien vivas en mí, y arda en mi espíritu en la brasa viva de tu amor y crezca hasta ser fuego perfecto; arda perfectamente en las aras de mi corazón, hierva en mis médulas incendia las entrañas de mi alma; en el día de mi consumación sea hallado consumado junto a ti. *Amén.*

CATEQUESIS DIA 27 – TRATADO [213-217]

En este primer día de la cuarta etapa, nos adentramos en los últimos capítulos del Tratado de san Luis María, donde se encuentran secciones muy ricas en contenidos e imágenes. Estos últimos capítulos nos acompañarán en esta tarea de conocer mejor a Jesucristo y nos afianzarán más fuertemente a esta verdadera devoción a Jesús en María.

El capítulo IV nos presenta los «*efectos maravillosos de esta consagración total en el alma en quien le es fiel*». Llamen la atención dos cosas particulares de este título: que los efectos son maravillosos, o sea, grandiosos y poco comunes, que de verdad son tan excelsos que llaman mucho la atención. Son muy admirables estos efectos. Y lo segundo es que sólo suceden «*en el alma en quien le es fiel*». La fidelidad a esta devoción es un elemento necesario para conseguir estos efectos, para ser verdaderos devotos y esclavos de María Santísima. Basta con querer ser fiel, prometerle a María que para siempre seremos sus fieles devotos, y ella hará el resto.

Estos efectos son frutos interiores que se producen en el alma del devoto fiel de María Santísima. Y de entre estos frutos, el más importante —como ya se dijo— es el fruto de su vientre, Jesucristo.



Ahora bien, dice san Luis que el alma fiel a María Santísima, se **conoce a sí misma**, tal como se experimenta en la segunda etapa de esta preparación para la Consagración Total a María Santísima. Y este conocimiento le da al alma fiel una profunda humildad, porque la hace reconocerse débil, pecadora y sumamente indigente. San Luis usa palabras mucho más fuertes, que son muy apropiadas, aunque no expresan totalmente nuestra malicia: *«te considerarás como un caracol, que todo lo mancha con su baba; como un sapo, que todo lo emponzoña con su veneno»* (VD, 213). O sea, que la devoción a María Santísima nos arroja luz para ver lo que realmente somos sin la ayuda y sostén de Dios. Nos hace sumamente humildes, o sea, nos hace *«andar en verdad»* como definía sta. Teresa de Ávila a esta virtud tan fundamental.

Es muy interesante este fruto de la devoción a María Santísima, tal como la propone san Luis de Montfort, porque señala esa función tan esencial en la Virgen de hacernos darnos cuenta de lo que valemos, de lo que somos. María Santísima no es una madre que nos malcría o consiente con nuestros pecados, al contrario, es una madre que nos educa, nos guía y corrige. Ella quiere nuestro bien y no tiene componendas con nuestros pecados.

María quiere que Jesucristo reine en nuestros corazones, pero no lo puede hacer si no es que primero no nos vaciamos de nuestro egoísmo y malicia (tal como lo explicó el p. Lombardo al introducir la segunda etapa de la preparación).

El siguiente fruto que menciona san Luis, es **la participación en la fe de María**. Y esto es mucho más interesante que lo primero, porque es lo que la Virgen María nos da, luego de que ella misma nos vació de nosotros mismos. Aquí el santo de Montfort, explica que —como todos los santos que gozan de la visión beatífica— la Virgen María no tiene ya más fe, porque la fe es de lo que no se ve. En el cielo, en la vida eterna, no hace falta tener fe, porque ya se ve a Dios cara a cara y se entiende —aunque no se comprendan cabalmente— los misterios de nuestra fe.

Ahora bien, dice san Luis que, ya que María Santísima no tiene más necesidad de la virtud de la fe, de algún modo, ella nos da su misma fe para que podamos vivir de ella y hacer grandes obras para Dios. Dice textualmente así: *«cuanto más te granjees la benevolencia de esta augusta Princesa y Virgen fiel, tanto más reciamente se cimentará toda tu vida en la fe verdadera»* (VD, 214). O sea, que la devoción a María Santísima nos da como fruto una participación —«una parte»— de la fe de María Santísima.

En la carta a los hebreos se halaga en gran medida la fe de los patriarcas del Antiguo Testamento. Ellos tenían una fe inmovible. Dice así la carta a los hebreos, cap. 11: *«por fe, conquistaron reinos, administraron justicia, vieron promesas cumplidas, cerraron fauces de leones, apagaron hogueras voraces, esquivaron el filo de la espada, se curaron de enfermedades, fueron valientes en la guerra, rechazaron ejércitos extranjeros; hubo mujeres que recobraron resucitados a sus muertos. Pero otros fueron torturados hasta la muerte, rechazando el rescate, para obtener una resurrección mejor. 36 Otros pasaron por la prueba de las burlas y los azotes, de las cadenas y la cárcel; los apedrearon, los aserraron, murieron a espada, rodaron por el mundo vestidos con pieles de oveja y de cabra, faltos de todo, oprimidos, maltratados —el mundo no era digno de ellos—, vagabundos por desiertos y montañas, por grutas y cavernas de la tierra»* (v. 33-38).



Todo eso lo hicieron los grandes santos del Antiguo Testamento, gracias a la fe ardiente y constante que tuvieron. Pero si comparamos la fe de estos héroes y santos con aquella de María Santísima, no podemos decir, sino que fue débil. La fe de la Virgen María sobrepasa sobremanera la fe de los patriarcas. Pues, bien, la fe de María fue más viva que la de Abraham, más perseverante que al de Moisés, más segura que la de David.

Ahora bien, esa fe de María se nos comunica a nosotros en la medida en que le somos fieles y devotos. Dice san Luis: «tendrás una fe intrépida, que te llevará a emprender y llevar a cabo, sin titubear, grandes empresas por Dios y por la salvación de las almas... una fe que será una antorcha encendida» (VD, 214).

Otro fruto que menciona san Luis, es lo que él llama la **gracia del puro amor**, o sea, la remoción del temor servil para con Dios. Como buena y excelente Madre, María Santísima nos hace madurar en nuestra relación con Dios, nuestro padre, quitándonos todo escrúpulo y temor servil desordenado. María nos hace ser buenos hijos de Dios padre: Por eso decía san Luis en otra parte del libro: «*Como en la generación natural y corporal hay un padre y una madre, asimismo en la generación sobrenatural y espiritual hay un padre que es Dios y una madre que es María. Todos los verdaderos hijos de Dios y predestinados tienen a Dios por Padre y a María por Madre; y quien no tiene a María por Madre no tiene a Dios por Padre*» (VD, 30).

Esto es muy interesante, porque al hacernos esclavos de María, nos liberamos del temor servil para con el Padre. Esta devoción da libertad interior. Por eso dice el santo de Montfort: «*Dichosos aquellos que son esclavos fieles de la Reina del cielo, porque ellos gozarán de la verdadera libertad: "Tibi serviré libertas"*» (VD, 170). Esta libertad nos da, ciertamente, gran confianza en Dios y en María Santísima, que es justamente otro fruto de esta esclavitud de amor.

La libertad es fruto de la esclavitud. Lo explica así san Juan Pablo II: la consagración a María «*habla de "esclavitud" y esconde en sí una paradoja [...] el amor constituye la perfección de la libertad, pero, al mismo tiempo, "el pertenecer", es decir, el no ser libres, forma parte de su esencia. Pero este "no ser libres" en el amor, no se concibe como una esclavitud, sino como una afirmación de libertad y como su perfección. El acto de consagración en la esclavitud indica, pues, una dependencia singular y una confianza sin límites. En este sentido la esclavitud expresa la plenitud de la libertad*»³.

La devoción a María nos hace libres y nos da una **gran confianza** en Dios y en María, porque:

a. En primer lugar, porque nos acercamos a Jesucristo por medio de María. Ella intercede por nosotros ante el Intercesor, o sea, Jesucristo. Y con semejante intercesora, no tenemos nada de que temer.

b. Porque ella, en segundo lugar, nos comunica sus méritos y nos reviste con sus virtudes. Somos *marianizados*. Esto significa que somos totalmente de la Virgen. Le pertenecemos completamente, y esto da muchísimas confianza y seguridad. «Habiéndote

³ SAN JUAN PABLO II, *Homilía en el Santuario de Częstochowa*, 4 de junio de 1979, n. 3.



dado a Ella, por entero, cuerpo y alma, Ella que es generosa para con los generosos y más generosa aún, se dará a ti en retorno, de un modo maravilloso, pero verdadero; de suerte que le podrás decir resueltamente: “*Tuus totus ego sum et omnia mea tua sunt*” (“soy todo tuyo y todo lo mío es tuyo”)» (VD, 216).

Como bien sabemos, este fue el lema episcopal y papal de san Juan Pablo Magno y él mismo explica por qué lo eligió: «*Totus Tuus. Esta fórmula no tiene solamente un carácter piadoso, no es una simple expresión de devoción: es algo más. [...] En un primer momento me había parecido que debía alejarme un poco de la devoción mariana de la infancia, en beneficio de un cristianismo cristocéntrico. Gracias a san Luis Grignon de Montfort comprendí que la verdadera devoción a la Madre de Dios es, sin embargo, cristocéntrica, más aún, que está profundamente radicada en el Misterio trinitario de Dios, y en los misterios de la Encarnación y la Redención. Respecto a la devoción mariana, cada uno de nosotros debe tener claro que no se trata sólo de una necesidad del corazón, de una inclinación sentimental, sino que corresponde también a la verdad objetiva sobre la Madre de Dios*»⁴.

En otra ocasión, este gran Papa, dijo: «*Repitiéndole a diario Totus tuus y viviendo en sintonía con ella, se puede llegar a la experiencia del Padre mediante la confianza y el amor sin límites (cf. VD, 169 y 215), a la docilidad al Espíritu Santo (cf. VD, 258) y a la transformación de sí según la imagen de Cristo (cf. VD, 218-221)*»⁵.

Ave María Purísima, sin pecado concebida.

⁴ SAN JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*.

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Discurso a los participantes en el VIII Coloquio internacional de Mariología*, n. 3.